

LA ISLA DE TUMACO

POR: MIGUEL TRIANA

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 4, Volumen XI
Cuarto Trimestre de 1953*



medio día, el buque dio la vuelta a la isleta de El Morro, que nos ocultaba a Tumaco, y se nos ofreció a la vista la primorosa perla del pequeño archipiélago, como una canastilla de musgos, de flores y de techumbres brillantes. Una bandada de canoas, precedida por el bote de la Capitanía del puerto, izada la bandera nacional, se lanzó sobre el vapor; entre ellas venía también un barquichuelo en busca nuestra: nos esperaban los amigos de prisión, los derrotados de Guapi, en la última intentona de tres años en favor del Derecho.

Al saltar a tierra merecimos, mi esposa y yo, mil halagos de la sociedad simpatiquísima de la pequeña población, y nos sorprendimos de encontrar allí un principio de cultura y amabilidad. Quince días pasamos en Tumaco, porque el vaporcito que debía llevarnos a Barbacoas estaba varado en el río. La circunstancia de tener que navegar siete leguas por mar, de Tumaco a la boca más próxima del Patía, impone a los vaporcitos del río la necesidad de un casco mixto, de gran calado, que requiere una altura de agua dulce superior a la del río Magdalena, y esto hace muy difícil la navegación fluvial. Entre tanto procuramos darnos cuenta del renombrado peligro en que está la isla, amenazada por el mar.

Esto del orgullo profesional no deja de imponer amarguras, como todas las tiranías de la vanidad. Se nos pidió que emitiéramos concepto, y, lo que es más grave, que indicáramos el remedio. Desde cuando vimos por primera vez la enunciación del caso en el Ministerio de Obras Públicas, estuvimos a tiro de declararnos "incompetentes para conocer el asunto", como dicen en el foro; pero nos tapó la boca el orgullo profesional. La cosa nos pareció tan obscura, que contestamos tímidamente:

—Necesito ver... Alargaré un poco el viaje al Putumayo, entrando por Barbacoas. Yo no me atrevo

a aconsejar nada sin conocer cómo es eso de que el mar está comiéndose a Tumaco. La misión que llevo no me obliga; pero tendré mucho gusto en informar al país...

Salimos del ministerio arrepentidos de no haber sido francos. Nosotros qué sabíamos de defensas marítimas, cuando apenas conocíamos el mar desde el punto de vista literario, si vale la metáfora; pues únicamente lo habíamos *sentido* y eso no en toda su magnitud y grandeza. Retazos minúsculos del gigantesco, inconmensurable monstruo, mirados sobre la comba dorsal, de un verde antojadizo y cambiante como el camaleón; escamas apenas levantadas sobre la superficie por una brisa tenue; el nacimiento de la luna sobre su cristal oscuro que, efectivamente, parece la consagración del Eterno sobre el altar del Infinito y, cuando más, por inducción sabíamos que el mar se parece a Dios: sin fondo, sin términos, inescrutable, pródigo, creador, poderoso, potencial de la vida, centro donde terminan, como los ríos, todas las energías y de donde se levantan todas las fecundidades.

Pero jamás habíamos profundizado el arcano del mar una pulgada bajo su superficie; nunca nos había llevado el reconocimiento de sus innumerables atributos a meditar en el alcance de su munificencia, en el albedrío de sus creaciones, en los antojos de su voluntad, en la fatalidad de su objeto, en el propósito de su inestabilidad, en la providencia de sus movimientos ni en las leyes de su vida. Menos podíamos sospechar que, mediante el estudio de estas leyes, llegara el hombre a pretender revocar sus decretos, publicados entre relámpagos, huracanes, borrascas, truenos y conmociones aterradoras.

"Por grande e indigesta que sea esa isla, pensábamos, si el mar se la está engullendo, ¿qué podremos encontrar de ella cuando llegemos a Tumaco?"

Lo primero que hicimos para comenzar metódicamente el estudio del caso, fue levantar el plano de la isla para *comprobar el cuerpo del delito*. Así conocimos la figura del perímetro. Quien quiera saber cómo es, imagínese dos peces unidos por el espinazo: nada tan simbólico de la vida de esta hija del mar.

Entre las nietas del viejo Neptuno hay sus diferencias aristocráticas: unas son de coral, otras de nácar, otras de madrepora; quiénes alegan su nobleza por haber sido urdidas por madreperlas y otras por flores marinas o por sirenas pudorosas, allá escondidas en antros de estalactitas. Esas princesas del océano surgen al amor del sol con el clamoreo de los siniestros, algunas coronadas con penachos de lava y de fuego. La insignificante isla de Tumaco, que por su pequeñez no se la

puede representar en los mapas generales, tiene un origen vulgar; pero su génesis no deja de ser interesante. Ella está formada simplemente por arenas de la inmediata cordillera de los Andes.

Favorecida la zona tórrida por el calor abrasador del padre Sol, se levantan grandes vaporizaciones al empuje de los vientos polares que corren presurosos hacia aquella región, entumecidos como están en su casa, y se dan de topes en el Ecuador. Al girar la tierra, cuando menos lo piensan, las nubes están encaramadas sobre la cordillera fría y se resuelven en lluvias; por eso es el perpetuo invierno del flanco occidental y por eso los ríos tumultuosos y escarbadores que por éste descienden, cargados de arena, para reincorporarse al mar: así va creciendo la costa con estas arenas. Pero el mar, que también viene en corrientes a calentarse en el Ecuador desde los Polos, donde flotan los hielos eternos, arrastra aquellas arenas para formar bancos, islotes, cabos y penínsulas a lo largo de la costa.

La corriente costanera que viene del Norte cargada de aluviones, al llegar a la ensenada de Tumaco se arremolina y, al movimiento de espiral, levanta las arenas y forma bancos a la salida de su cuenco. Estos llegan a ponerse a flor de agua, aprovechándose de los pleamares y, de este modo, en los bajamares, quedan al descubierto para que el viento continúe peraltándolos, a fin de que propasen el nivel de las altas aguas. Fecundados por la lluvia, se cubren luego de vegetación, lo que contribuye a levantarlos con sus despojos, a embellecerlos con su follaje y a prestarles una solidez efímera que invita al hombre a vivir en ellos. Tras de la cabaña del pescador, la choza del labriego; tras de ésta, la barraca de la factoría y el almacén.

Así progresarían siempre las obras del mar, si el intento de éste anduviera de acuerdo con el pequeño interés de los humanos. Nacidas, embellecidas y habitadas ya las criaturitas, empieza este Saturno despiadado a pretender comérselas. Cambia el curso de la corriente, para cogerlas desprevenidas; levanta avalanchas musitadas, para atacarlas por detrás; se revuelca en su lecho de conchas y corralinas este monstruo inquieto, para quitárselas de encima, cual si le hicieran cosquillas como las moscas al caballo. Entonces los hombres incautos que edificaron sobre arena, levantan los gritos al cielo y hacen memoriales al Gobierno.

La islita forma el centro de un cinco de oros, rodeada por otras que la resguardan: es un jardín al nivel de las olas, matizado con el verdacho de los aguacates y otros mil árboles frutales, mezclados con innumerables arbustos floridos. El tamaño de este gran jardín flotante no daría, sin embargo, capacidad para una ciudad como Bogotá con sus 465 *manzanas*. Las cabezas de los peces, cuya figura representan, están enlazadas por medio de, un largo puente para comunicar el poblado, de

unas 500 casas, con el Panteón, de crucecillas negras, consumidas entre alerías. Desde este punto se oyen las cóleras del océano, se ven sus rompietes y se distingue la llegada de las embarcaciones de Panamá, al tocar el horizonte, donde parecen gaviotas sobre las olas. Por aquel mirador entra un dardo del mar agresivo, el cual ha formado el estero del puente. La corriente del Norte, nerviosa, vibratoria, ejecutiva, se precipita por allí con los rumores sordos que recoge en todas las escolleras, donde gime o amenaza el mar, y el alisio del sur da sus últimos cabezazos, en juegos con su linfa. Hacia el solsticio de Aguinaldos, cuando el sol anda en su viaje periódico por el trópico de Capricornio, la dirección de las fuerzas cambia totalmente, como si Febo hubiese pasado de su diestra a su siniestra mano las riendas del mundo: entonces hay un trastorno en las corrientes y en los vientos, que significa chubascos y tormentas; los bajeles sufren aventuras terribles en sus correrías por estas latitudes y la pobre isleta paga caro las cóleras de Neptuno. Pero hay otra causa de agitación de las aguas que, a fuer de vulgar, no deja de ser curiosa: se trata de la influencia de la luna en combinación con las atracciones del sol. Bajo aquel astro blanco levanta el mar sus linfas amantes, como en promesa de un ósculo imposible; el bombeo de las aguas sigue el curso de la andariega nocturna, con persistencia de galán callejero; de modo que el paso de la luna por el meridiano levanta el nivel del mar, con tanto mayor anhelo, cuanto más se aproximen en el cielo las dos lumbreras; así es como la marea más alta se cumple hacia el novilunio de la época equinoccial. Entonces el mar se entra hasta la plaza de Tumaco, con grande excitación de los vecinos y vecinas, y forma en el caserío del Panteón una Venecia improvisada.

Todo lo cual demuestra que la isla de Tumaco es un símbolo fiel de la vida del hombre, siempre agitada por los caprichos de una fortuna tornadiza. El hombre lucha por fijar su suerte, anheloso de sosiego, aunque sea enclaustrándose en la paz de la tumba, y la isleta pide que se le amurallen sus orillas, aunque con ello pierda la providencia del mar que le dio la vida y le ofrece a diario cuantas manifestaciones de ternura puede ofrecer a sus hijas este monstruo escamoso y soberbio. Cerrar, como propusimos, el canal por donde entra la fuerza viva del mar, es encerrar la encantadora isla de los alerías en un convento.

Se queda uno pensando al ver la ola que destruye lo que edifica, en que la vida es únicamente la lucha estéril con la muerte. Dejar de luchar es morir. Dondequiera que hay conflictos surge un resplandor vivificante. Únicamente alientan los que expiran; sólo gozan los que sufren; sólo poseen los que anhelan. ¡Ah de los que llegan al puerto! ¡Infelices los que conquistan el ensueño y los poseen en su quimérica nada!

Sociología costeña

El frío de los polos, el calor ecuatorial, las evaporaciones, las corrientes, las lluvias, los ríos, los aluviones, la edificación de la costa, los bancos de arena, las mareas, la vegetación, los cultivos, el comercio, la navegación, la riqueza de los pueblos, el porvenir de las razas humanas, la suerte que se les espera a las naciones: todo este encadenamiento, desde la roca hasta el hombre y desde la inercia hasta el pensamiento, con sus filosofías y sus dogmas, es la enseñanza del mar que se mueve al balanceo de la eclíptica. Escribir a propósito del mar es historear las edades geológicas, la génesis de los seres, la desintegración de las especies, la infancia de la humanidad, las peripecias de las agrupaciones sociales; en una palabra: es describir la creación desde que se hizo la luz hasta que vinieron las tinieblas dentro de un pliegue imperceptible del infinito, en el espacio y en el tiempo. ¡Cuántos volúmenes, sin embargo!

Es preciso no dejarse llevar de la pluma: no se trata de ciencias, ni de proyectos de defensa, que calladamente pasaron, con todas sus ínfulas de alta ingeniería, al Ministerio de una República paupérrima, y más que pobre, desapercibida de su porvenir.

El dinero que puede gastarse en defender la isleta movediza, aunque encantadora, y el puentecillo incómodo y precario, aunque de un aspecto oriental y delicioso, aconsejamos que debiera invertirse en habilitar un puerto continental, inmediato a la boca del Patía. Allí está la isla del Gallo, apenas separada del Continente por un canal que desemboca en el cañón del río. Lo que le falta a Tumaco lo tiene la isla del Gallo, a saber: suelo rocalloso y firme, fondeadero profundo para grandes buques, agua potable y comunicación con extensas comarcas cultivables de tierra firme.

Tumaco ha sido adventicia, se formó por casualidad y no promete ventajitas para el futuro.

Los negros libres de Barbacoas se establecieron en la costa para gozar de su libertad, lejos de sus antiguos amos, y aquí el mar les fue propicio en dones. La multiplicación de la especie ha sido la consecuencia del bienestar que encontraron en esta isla y sus contornos. La prosperidad de Tumaco con su caucho, su tagua y su cacao, atrajo a los señores de la ciudad del oro, decadente ya por falta de esclavos, y aquí señores y manumisos han vivido la vida democrática del trabajo libre. Tumaco es hija de la vieja y caduca ciudad de Barbacoas. No de otra manera se explica el transeúnte observador, cómo existe en un pueblo de negros un núcleo social que poco tiene que envidiar a las pequeñas ciudades del Cauca. La amabilidad y corrección de maneras de los blancos de Tumaco y la suavidad de carácter y cultura natural de los negros, que en la costa atlántica y en

el valle del Cauca son cínicos e indómitos, proviene del régimen de libertad industrial que la localidad les ha ofrecido a éstos, sin la opresión de los otros. Aquí no existe el odio de clases que hará en el Cauca difícil la cuestión social, en perjuicio del adelanto del país y bienestar político. Los negros aquí son más civilizados, más suaves, más inteligentes y más aptos para el trabajo de concurso nacional, que en el resto de la República.

Pasamos todos los días por frente a una oficina pública donde trabajan empleados de color con tal seriedad y fundamento, que nos creíamos trasladados a una República negra. Las familias negras mandan sus hijos a las escuelas, con gran provecho para la educación de su raza: casi todos los peones que cargan bultos para la Aduana saben leer y llevan en carteras sus apuntes. Muchos son los hombres de hogar de pelo apretado y rostro que se confunde con el color de sus zapatos, que inspiran respeto por su moralidad, sus aptitudes y la dignificación de sus familias.

En la iglesia, en el teatro, en los paseos, las señoritas negras a pesar del abigarrado gusto de sus trajes, hacen comprender que se ha establecido la selección verdadera de la raza africana, por el donaire señorial y el recato de las maneras y movimientos. Las familias blancas, olvidadas de su preocupación aristocrática, saben apreciar esas distinciones y les abren campo a los negros que, por su talento y aplicación empiezan a ser notabilidades lugareñas.

La gentuza misma agrada por la blancura de sus vestidos, sus pañuelos de seda vistosos, sus sombreros encintados y por la dignificación de sus juegos y placeres. Hay un billar en las inmediaciones del puente del estero que arroja luz por puertas y ventanas por la noche, con su escaño adherido a la pared y su cantina en un rincón, separada de la sala por un pequeño mostrador. Allí juegan alegres partidos del elegante *sport*, con tal corrección, que pudiera servir de ejemplo a los billares de caballeros nobles de otras partes. Cuando íbamos por la noche a pasear al puente, nos deteníamos largo rato en medio de la calle a considerar este pueblo, a través de uno de sus divertimientos.

En todas las casas de barbacoa, construidas con guadua, en medio de árboles frutales, donde viven las aplanchadoras, costureras y lavanderas del poblado, asoman por las ventanas las flores que cultivan unas cabezas de ébano que hacen contraste con la blancura de los crisantemos, y tan crespas como éstos. Al lado del Panteón queda relegado el suburbio de los holgorios, donde suena los sábados por la noche la *marimba*. Pendiente del techo se balancea el teclado de chontas, con sus tubos de guadua de mayor a menor que hacen las funciones de caja armónica. La hacen sonar al golpe de unos palitos, como de redoblante, dos negros festivos que llevan con la cabeza, los

labios y el parpadeo de los ojos al compás de sus notas de piano. Al contorno de este instrumento silvestre, que reina y preside en los bailes populares de la costa, dos tamboriles, dos chuchos, un triángulo, alguna flauta sentida y una tambora estruendosa siguen las notas enloquecedoras del bambuco africano. Los músicos bailan en sus asientos, las negritas que asoman coquetas las cabezas orladas de flores, mueven al compás sus talles flexibles; bailan las viejas describiendo con sus chancletas ruidosas círculos concéntricos, y los mozos de estragado gusto que cortejan estas elegancias copretéritas, haciendo arcos con sus pañuelos impregnados de pachulí, bailan también con furor indescriptible. Por último, al *tun, tun* de la tambora, vibra, como si bailara también, la barbacoa en zancos, sobre la cual se empina la casa de guadua. La más frenética alegría sale, al son de la música y los cantares lentos y sentidos, por los balcones de la casucha orlados de enredaderas en flor, que miran al mar. El rumor de las olas se mezcla con el rumor de la fiesta en las noches apacibles, y así duermen las islas movedizas de Tumaco sobre las escamas del monstruo. Allá lejos, por sobre el banco de arena de "La Viciosa", que circunda a Tumaco por el lado de las rompientes, se ve titilar entre las espumas la luz de un candil, y el viento suele traer, los sábados por la noche, la plácida voz de la *marimba*, con que publican sus alegrías los negros de alguna aldea vecina.

¿No fue poderosa la servidumbre, en el Real de minas de Barbacoas, para hacer olvidar al hijo de las palmeras africanas los aires de una patria, perdida para siempre y borrado su recuerdo con las lágrimas de muchas generaciones? ¿O bien el mismo sol tropical, el mismo bambú que crece bajo sus rayos y la misma libertad han hecho renacer, con las alegrías, las músicas de un grato recuerdo patrio?

En las noches claras de plenilunio el mar levanta su flujo hasta los esteros de tierra adentro, donde crece la caña de azúcar de los colonos, y los invita a embarcarse para traer a Tumaco la panela de sus trapiches y, entonces, es de verse la bahía cruzada por velitas plateadas y es de oírse, dentro del mar, el canto lejano de los vendimiadores con que acompañan el golpe de sus remos. Para las pleamares del novilunio, la entrada de los campesinos al puerto es a la fantástica luz del alba. Vestidos de rojo y con pañolones floreados, vienen las mujeres a la orilla a ofrecer los frutos de la labranza: las viejas, con aquel aire apacible que imprime la vida campesina, vienen manejando el timoncillo de popa, y las muchachas agitan a compás los canaletes de proa, peripuestas, de ojos risueños, con sus dientes que blanquean, como el marfil engastado en coral, sobre sus rostros de ébano.

Quince días de escasez de víveres en la isla, hacen que la población se agrupe en los muelles y

reciba aquellas portadoras con estruendoso alboroto. La luna rige, pues, los mercados en Tumaco a la orilla del mar.

La navegación fluvial

En un buquecillo de vapor, airoso y bien plantado como señor de la bahía, comparable en su pequeñez a los vaporcitos del Alto Magdalena, debíamos recorrer las siete leguas a la boca de Salahonda, en el Patía, para emprender luego la navegación de río hasta Barbaçoas. Cuarenta toneladas de registro, tres camarotes para pasajeros, comedorcito, camarotes de servicio y todas las dependencias, en miniatura, de un gran vapor tiene el Nariño. Otro vaporcito de análogas, aunque menores condiciones, el Tumaco, hace también la misma ruta. Uno y otro están bien servidos y ofrecen al viajero una simpática acogida. Ambos tienen el gravísimo inconveniente de calar más de siete pies, con que frecuentemente se ven en dificultades y se varan en cuanto deja de llover en la cordillera. Este inconveniente proviene de la necesidad de la navegación marítima que impone la situación del puerto. Es preciso insistir: antes de tomar la boca de Salahonda forzando en el pleamar la barra que cierra esta boca, está la isla del Gallo, con todas las condiciones apetecibles para un puerto marítimo, en comunicación con el poblado de Salahonda, que, cual otra Barranquilla, está sobre el río. La habilitación de esta privilegiada población como lugar de la Aduana y puerto de Nariño, se impone como condición de progreso para este afortunadísimo Departamento de la República.

Pero, señor, ¿cómo abandonamos la encantadora isla de los Alelís? ...

¡Oh! ¡Qué criterio tan poético el que todavía preside entre nosotros!

Dos horas antes de la marea salen los vaporcitos de Tumaco para llegar a tiempo de barra; pero un retardo cualquiera nos puso en esta ocasión en peligro de reventamos contra la rompiente; la habilidad del capitán nos salvó, sin embargo: las últimas olas grandes montaban todavía sobre el banco de arena y, dejando arrastrar al buquecillo al compás de una de ellas, saltó por sobre la barra, como una cáscara de huevo, y estuvimos, después de un gran bamboleo, en el río.

Estábamos en la portada umbría de una corriente misteriosa que viene del interior bajo el bosque. Una emoción de pavor y de raro encanto nos inundó el alma: a la derecha, entre un bosque de cocoteros, la aldea indígena que sirve de guardián empinaba sus casucas para mirar con dos ojos, uno de esmeralda y otro de topacio, a un mismo tiempo, el mar y el río; al frente, la faja de aguas

amarillas semejaba una calzada que a la primera vuelta se interna y parece perderse en la selva desierta, y detrás, la inmensidad soberbia del océano. Siempre la boca de un río, que se desliza por debajo del bosque, nos ha hecho recordar alguna fantástica aventura de Simbad el Marino, de la leyenda oriental; pero en esta vez, la idea de las arenas de oro del Telembí, el carmín y el turquí de las gemas que lava el Juanambú, y la imagen mental del boquerón del *Castigo*, por entre cuyas rocas de cristal atraviesa el Patía la cordillera, nos forjó en la fantasía un verdadero delirio: inos internábamos al país de las quimeras!

Con los deficientes informes que dan los libros, nos habíamos forjado una fantasía geográfica: la costa plana hasta el pie de la cordillera, cubierta de ciénagas, donde no había quedado un hombre después del exterminio indígena que hizo en 1621 don Pedro Martín Navarro, de odiosa memoria; más adelante, entre la selva, Barbaocoas la poderosa, muriendo hoy de tristeza; luego el camino de las víboras y de las perpetuas lluvias, que conduce a la altiplanicie, cubierta de una densa población de indios estúpidos, insectívoros y cristalizados en su atraso. Pero ahora, al entrar en una selva copuda, sobre el dorso de un hermoso río, al impulso del vapor de Fulton, se nos antojaba que todo aquello era el fatal encantamiento de un país a quien, en esta máquina y por aquel camino, el genio del progreso iba a despertar a una vida de merecidas grandezas. Adelantarnos, ver adormecido y hechizado el pueblo aquel y anunciarle lo que le iba a suceder; en esto hacíamos consistir nuestro sueño. Soñábamos, sobre la cubierta del buque, en los efectos de la vara mágica. "Abierto el canal de Panamá, nos decíamos, caerá sobre el rincón del océano que forma esta costa hasta el istmo, un torrente de aliento vivificador: el Oriente y el Occidente en tropel de bajeles querrán pasar de un lado al otro; la agitación y la vida reemplazarán el solemne sosiego del Pacífico; la primera costa que descubrirán los pueblos desbordados, ávidos de tierras fértiles que en su casa escasean, será ésta. Los bosques baldíos de cocoteros, táguales, caucheras, maderas finas y balsámicas, se inundarán por colonos inteligentes, de todas las procedencias. Los veneros de oro del Telembí y, luego, los placeres del Gualcalá, Zanabria, etc., por no hacer mención de los del Chocó y Darién, provocarán la codicia de los adoradores del Becerro, y esto va a convertirse en otra California. Las fértiles y pobladas mesas frías tendrán necesidad de centuplicar sus cultivos y emplear métodos científicos, para dar abasto al pedido de frutos agrícolas. Los ferrocarriles se implantarán, para escalar rápidamente aquellas despensas, más ricas que si estuvieran cubiertas de arenillas de oro en vez de tierra vegetal. En una palabra: la imaginación no puede adivinar las magnificencias que la realidad de los sucesos promete a estas comarcas, tan bien dispuestas como están para recibir el fecundante soplo de la vida. Este Departamento, antes olvidado o desconocido en el rincón más lejano de Colombia, posee, en efecto, todas las ventajas para recibir la próxima visita del Progreso".

Ibamos subiendo el brazo meridional del río, canal de unos cincuenta metros de anchura, bordeado de árboles inclinados sobre la corriente, hasta mojar en el agua sus desvaídos gajos, como en señal de homenaje. La ola que levantaba el buque se hacía espumas entre el ramaje tupido: detrás de esta barrera de verdura, en bloque macizo, el bosque de tagua. Una canoa, manejada por una mujer con su niño de brazos, bajaba a merced de la corriente. La velocidad con que se lanzaba sobre el buque, sumada con la de éste, que parecía no moverse, era vertiginosa. Detrás del buque, el río se retorció al revuelco de la hélice...

— ¡Vamos a presenciar un naufragio!

Con la imaginación, en un instante, nos forjamos la penosa escena: volcada la canoa, dispersos y nadando baúles, cestos y comestibles, y la mujer, levantando en alto a su hijo, toda enredada en sus ropas y sacudida por el oleaje, sucumbiría en el horrible suplicio del ahogado, implorando a la tripulación del vapor un auxilio imposible, y el niño flotaría inerte sobre las olas!

La mujer, indiferente a la gritería que salía de a bordo, seguía canaleteando, ora por un costado, ora por el otro, para, mantener su barquichuelo en línea. El instante era solemne, y la angustia, la compasión y el desaliento nos suspendían el resuello...

De repente, un soberano golpe de remo, dado por aquella heroína, hizo virar bruscamente la barquilla de proa contra el costado del buque, como si fuera a acometerle: era el momento preciso del cruzamiento. La canoa pasó como una exhalación, y la ola, por debajo de ella, en dirección perpendicular, apenas la hizo subir y bajar suavemente por sus flancos, como lo hiciera un delfín. A los pocos momentos, la náutica de aquel esquife infeliz se perdía de vista en las curvas del río, cantando la canción de la victoria.

Un acontecimiento análogo presenciamos en el río Magdalena: sólo que el héroe era un niño, negro también, a quien el capitán, desde cubierta, le aconsejaba a gritos que se retirara para salvarse de la ola fatídica.

—“Eh, hombre, qué sabes tú”— le replicó con altanería costeña el muchacho; y también salió victorioso con su estrategia.

A diez leguas de Salahonda se desemboca en el río principal, de unos trescientos metros de ancho, el cual se subdivide en ocho brazuelos para entrar en el océano.

Anohecía. La hora pálida daba especial solemnidad al paisaje, siempre melancólico, de las aguas dentro de la selva.

A la fosforescente opacidad de la noche tropical, se deslizaba el barco de una manera cautelosa sobre la linfa apacible. La sombra de los árboles de la orilla simulaba desfile de cosas quiméricas: torres de ciudades encantadas, endriagos de irónicos ademanes, misterios, ensueños, tropel de fantasmas y desfilada de airados esqueletos de animales mitológicos. Un vago resplandor, por detrás del bosque, aparentaba que la luna iba a surgir entre la negrura del ramaje, para colmar aquel espectáculo con su luz encantadora y lúgubre. En atisbo de esta aparición permanecimos largas horas, hasta que nos persuadimos de que éramos víctimas de un engaño: la luz zodiacal, que antes no habíamos notado, era la autora mágica en aquel cosmorama natural.

De vez en cuando aparecía una luminaria entre el bosque, titilante y que parecía aproximarse, ocultarse a trechos o rozar con la linfa que la retrataba en un tembloroso rizado. Pasaba aquella luz y volvía a presentarse al frente, lejana, perseverante, a la próxima vuelta del río. Esto nos hacía recordar la conseja de *La llorona del valle*, que oímos en la infancia: una tímida niña, de la ciudad de Pamplona, cometió una grave falta contra su honor y, para conservar éste a los ojos del mundo, arrojó una noche al río el fruto de sus amores. Presa de los remordimientos, desapareció de la severa casa paterna y nadie volvió a saber de la infanticida; pero los viajeros de Chinácota, a quienes sorprendía la noche en el camino, aseguraban haber visto una mujer, desmelenada y vestida de blanca túnica, con un hachón en la mano, que saltaba de piedra en piedra, como un fantasma trágico, y creían oír, entre el rumor del torrente, una queja lastimera que decía: "Hijo mío ¿dónde estás?".

Averiguando el motivo de las luces intermitentes del Patía, no resultó que fueran almas de españoles en pena, que por allí perecieron por su ambición de oro, a manos de los indios Chapanchicas, y donde dejaron sus tesoros. Eran simplemente las fogatas de los numerosos colonos negros que hoy pueblan las vegas fertilísimas de aquel Pactolo. Pequeñas, pero profundas plantaciones de azúcar, cacao, arroz y plátano se ocultan entre el bosque, a las orillas de todos los ríos de esta costa. Numerosas partidas de negros afluyen, estimulados por el lucro fácil, a extraer tagua de estos bosques, de propiedad pública todavía. Hacen un limpio, construyen una choza, siempre sobre barbacoa para evitar la humedad del suelo; siembran unas matas de plátano y yuca que sirvan con sus frutos cocidos para acompañar el pescado, en que tan blandantes son estos ríos, y, a la vuelta de tres meses, para cuando tienen recolectada suficiente tagua, hacen estancia en firme con el producto de su venta en el mercado de Tumaco. A la pequeña hacienda consagran

la mitad de la semana, y la otra mitad a la recolección de tagua; de esta manera se hacen ricos en poco tiempo y viven felices en su independencia, bajo un sol propicio. La insalubridad del clima, a la cual sucumbe un blanco a poco tiempo, parece que a los negros los hiciera prolíficos; pues se reproducen prodigiosamente en estas costas cenagosas e infectas. En las casas de las orillas del Patía y Telembí se ven docenas de niños, de roponcito rojo o desnudos, en fila descendente, estupefactos ante el paso del vapor. El bienestar del negro de los ríos se traduce en un espíritu fraternal y cariñoso hacia el blanco y en una especie de simpatía grabada en el oscuro visaje y en la soltura arrogante de los movimientos: parece que la paz y la concordia se han firmado en esta costa, entre las dos odiadas razas, como prenda de propiedad y principio de civilización.

En veinticinco horas de marcha continua hicimos las veintisiete leguas culebreadas que hay, próximamente, del brazo a la boca del Telembí. Cerraba también la noche cuando tomamos este último afluente, más poblado aún que el Caudaloso y casi con la mitad de sus aguas. La unión de estas se hace muy perceptible por la limpidez de las tributarias, dulces, además y salutíferas; las del Patía causan indefectiblemente fiebres.

Tuvo el capitán la amabilidad de evitarnos el zancudo, continuando la marcha de noche. No pudimos ver, por tanto, lo que llaman los Secadores; pero los adivinamos, por la agitación de las maniobras y por lo cauteloso de la marcha en algunos puntos. A las nueve de la noche, al tomar una peligrosa vuelta que se desarrolla en espiral, pitó la máquina para anunciar a Barbacoas su aproximación. Media hora, después de tanteos, de vencer un chorro de caracol, de aproximaciones a una y otra barranca y de pujantes esfuerzos, que hacían vibrar el barco, tomamos el puerto, entre la rechifla y la chacota de una muchedumbre que inundaba la barranca.

—Capitán, ¿así reciben siempre los hijos de Barbacoas la visita del vapor?

No tuvo tiempo de contestarnos o no pudimos oír su respuesta, porque una voz amiga gritó entre la multitud:

— ¿Viene ahí la familia del doctor Triana?

—Sí, querido coronel, aquí vengo con mi esposa y mi hijo.

—Sean bienvenidos; los aguardábamos.

Echado el puente de la barranca al vapor, se inundó éste de amigos, que nos abrazaban con verdadero frenesí.

La vanidad, seguramente, nos hizo creer que la gritería se convirtió en un halagüeño murmullo de regocijo.

